



FERNANDO TORRES EDITOR

CHARLIE CHAPLIN

André Bazin
y Eric Rohmer

MARCUSE & Mc LUHAN Y LA NUEVA REVOLUCION MUNDIAL

Jean Marabini

De inmediata aparición:

VENTURAS Y DESVENTURAS DE LA PRIMA ANGELICA

Diego Galán

Distribuye:

VISOR LIBROS
Isaac Peral, 18
Madrid-15

LES PUNXES
Pou Dolç, 6
Barcelona-2

LOS DISFRACES DE SATAN

ROSTRO Insoportable de niña dulce que se transforma bajo nuestros ojos en la encarnación de Satán. El monstruo se hincha como un globo, vomita torrentes de bills verde, disloca los miembros, se cubre de llagas, echa pestes con una voz de ultratumba, planea en el aire, derrama horror, obscenidad y pesadilla, y mata. Es mucho, demasiado. El sensacional film americano «El exorcista», que acaba de estrenarse en París, nos ha parecido deliberadamente compuesto por una serie de «shocks» y agresiones calculados para ponernos incómodos, para asquearnos. Los autores de «El exorcista» no han tenido la delicadeza de dejar flotar el equívoco: la niña está realmente «poseída» por el demonio. No es víctima, cosa que sería lógicamente admisible, de una pesadilla histérica lo suficientemente potente como para integrar a todos los que la rodean en sus alucinaciones. No, el diablo está allí. Sin embargo, salvo algunos momentos, clínicamente, la pequeña Regan se nos presenta como una superhística. Hemos preguntado al doctor Leon Chertok, conocido por sus trabajos sobre la histeria, hasta qué punto Satán podía aún, deslizándose entre las líneas de Charcot y de Freud, jugar con nuestro racionalismo, aparentemente tan sólido.

—¿Suele usted encontrar enfermos que se creen «poseídos» por el diablo?

—Es poco frecuente, sobre todo con los síntomas tan acusados de «El exorcista». Sin embargo, hay ejemplos. Recuerdo un paciente libanés, católico, que había sido hipnotizado por unos compañeros durante una reunión parapsíquica. Desde entonces se sentía poseído por Satán y quería deshacer el maleficio. No sufría crisis violentas, sino sensaciones insólitas... Gente considerada totalmente normal pue-

Jean-Francis Held

de también creerse «poseído». A mayor dosis de histerismo, más frecuentes son los casos de «posesión».

—¿Qué significa, clínicamente hablando, ser un poseído?

—Quizá ser un delirante, es decir, un enfermo mental. O un hístico que llega hasta el desdoblamiento de la personalidad y proyecta sobre otro, el diablo, todo el «mal» que siente en su interior: deseos sexuales reprimidos, agresividad, voluntad de destrucción. El señor Hyde contra el doctor Jekyll, según el escritor Stevenson.

Basta con observar a un hístico en crisis violenta para comprobar las implicaciones sexuales y la especie de lucha del sujeto consigo mismo. En general, las manifestaciones hísticas no llegan tan lejos. Se limitan más bien a dolores, afonías, etcétera.

—¿Cómo puede definirse la histeria?

—Como un fenómeno de conversión. Una expresión de los afectos por vía corporal. En caso de conflictos afectivos profundos, ciertos sujetos pueden expresarse verbalmente con palabras. Otros no lo logran y exteriorizan sus conflictos por medio del cuerpo, con unas facultades motrices más o menos desordenadas, a través del dolor y a veces de pérdida de conciencia. Esas manifestaciones, índices de una batalla entre el instinto reprimido y el «yo» social, pusieron a Freud en la pista del psicoanálisis. La histeria es una manera de responder al mundo. «Un medio supremo de expresión», decía Aragon en mil novecientos veintiocho. Es una idea de poeta. En verdad, la «respuesta hística» es desesperada, patológica. Pero a pesar de todo, todos somos más o menos capaces de reacciones histeroides. Podrán comprenderse esas conversiones cuando la articulación psique-soma se haya tornado más clara, lo que está aún lejos de ser el caso. Ac-



Los autores de «El Exorcista» no han tenido la delicadeza de dejar flotar el equívoco: la niña está realmente poseída por el dem



La gente que en todo el mundo acude a ver «El Exorcista» encuentra, sin duda, en la película una especie de alivio catártico para sus propias tensiones.

tualmente es todavía más misteriosa que la más descabellada de las intervenciones satánicas.

—¿Cambian las formas que pueden adoptar la histeria según las épocas y las culturas? Cuando el diablo es reconocido por toda una civilización, la «posesión» histérica podría ser un tema más frecuente en nuestro mundo moderno, que se supone racional...

—La histeria no es ajena a la posesión, pero en África, por ejemplo, ésta es lícita, aceptada. El exorcismo es una práctica terapéutica corriente y eficaz. En las sociedades arcaicas, la histeria no se

manifiesta, no se vuelve temática como entre nosotros. El sentido de la histeria es el mismo, aunque los temas puedan cambiar. Freud se interesó mucho en el «Malleus Maleficarum», la célebre obra de demonología. Mencionaba diferentes tipos de perversiones sexuales y la «posesión» satánica, estrechamente vinculadas entre sí, y que conservan su fuerza en el Inconsciente. En nuestros días, la histeria se manifiesta más bien por medio de trastornos motores y de dolores. ¡La sociedad los tolera más fácilmente!

—En presencia de un caso dudo-

so y como afirman los médicos de «El exorcista», ¿hay que agotar primero las posibilidades médicas clásicas antes de recurrir a la psiquiatría?

—Por supuesto que no, cuando el diagnóstico está establecido. Conoció un paciente que logró hacerse operar quince veces por problemas que no tenían nada que ver con lesiones orgánicas. La histeria no reconocida cuesta centenares de millones a la Seguridad Social. Ese tipo de enfermo insiste: «Me duele aquí, me duele allá». Hasta que se le opera, cuando resulta que su enfermedad no está localizada ni aquí ni allá... Un psiquiatra experimentado descubre fácilmente la histeria por el comportamiento del paciente, por la manera que tiene de hablar de su cuerpo.

—En algunos casos, si las terapias médicas han fracasado, ¿aconsejaría usted a un histérico que se hiciera exorcizar?

—No; pero si el sujeto lo desea, ¿por qué no? La relación con el exorcista puede ser una terapéutica en sí, lo mismo que con un curandero. En un cierto contexto de fe, de represión afectiva, el encuentro puede ser beneficioso. Usted no ignora que en Francia existen cien mil curanderos y ochenta mil médicos... Con la histeria, en particular, todo es aún muy vago. En el siglo XVIII, la crisis más o menos artificial provocada por Mesmer tenía un valor terapéutico, operaba una especie de relajamiento, una catarsis...

—¿Puede comunicarse la histeria, como sucede en el film? ¿La madre de una «posea» y los asistentes pueden compartir sus alucinaciones, entrar en su pesadilla diabólica?

—Sin duda alguna. Los casos de «locura de a dos», por ejemplo, son clásicos. El sujeto «Inducido» se cura cuando se le separa del sujeto «inductor». La histeria, en algunas

circunstancias, es «contagiosa». Hace siglos, en Mileto, Asia Menor, las jóvenes comenzaron a ahorcarse unas tras otras. Fue necesario decretar, dice la Historia, que el cuerpo de cada suicida sería expuesto desnudo al público para detener la epidemia. El asunto de las «poseas» de Loudun, en el siglo XVII, es bastante conocido. Sin remontarnos tan lejos, las muestras nazis en Nurenberg... O el «streaking»; o ciertos conciertos «pop», o las crisis colectivas después de la muerte del actor James Dean... La sensibilidad histérica llega más allá de la histeria e impregna la vida cotidiana.

—¿«Poseo» o no, un histérico en crisis tiene posibilidades anormales que pueden parecer sobrenaturales para el profano, hasta diabólicas?

—Como la niña de «El exorcista» por supuesto que no. Pero un individuo en ese estado sufre, llegado el caso, modificaciones fisiológicas profundas. Bajo hipnosis se pueden practicar operaciones sin anestesia. Los «dones» asombrosos que se han comprobado a veces en los histéricos no tienen nada de diabólico. Como, por ejemplo, una campesina hipnotizada que se puso a hablar en una lengua extranjera, porque la había aprendido de niña. ¿El agua bendita quema realmente la piel de la niña «posea»? Es posible. Por sugestión, con una moneda, en realidad fría, pero que se sugiere está al rojo vivo, se pueden ocasionar quemaduras de segundo grado. Es verdad también que una histérica en crisis puede manifestar una energía muscular inimaginable en estado normal. Pero de eso a que una niña mueva a palos a unos muchachos robustos, ¡no! Matar de manera salvaje, como en la película, no. La histeria tiene un carácter lúdico, teatral.

—¿Cómo explica el fantástico éxito de «El exorcista»?

—En los Estados Unidos las reacciones del público fueron muy entusiastas. Desmayos, vómitos en la sala. Es la violencia la que atrajo a la gente. Pero en Gran Bretaña, el éxito del film fue más moderado. En Francia, aún no se sabe. Los americanos están ávidos de espectáculos con bases psicoanalíticas, psicológicas. Entonces, si a esto sumamos el diablo y el horror, la gente encuentra, sin duda, una especie de alivio catártico para sus propias tensiones, como los españoles en las corridas de toros. Y además, ante semejante espectáculo, participan. Se permiten tener una pequeña histeria, una pequeña «posesión» inofensiva, que pagan. Como una vacuna contra tentaciones más graves quizá. Cuando se conocen las poderosas implicaciones sexuales de la histeria o del satanismo... nos encontramos con que nuestra sociedad necesita ese tipo de pesadillas prefabricadas. Quizá no sea un buen «síntoma», pero no interprete que afirmo que «El exorcista» sea malo para la salud psíquica de las masas. No lo sabemos; quizá una encuesta sistemática lo revele... ■



o. Arriba y a la derecha, sendos fotogramas de la escena de la levitación.